

Mariano Latorre

Emoción de Vizcaya



ENSEÑÉ historia de la literatura española durante veinte años en el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile.

Hoy quiero olvidar textos y lecturas. Ni Cervantes, ni Lope, ni San Ignacio me interesan en este momento. Es mi contacto con los españoles de Chile, mi reacción personal junto a ellos, lo que trato de evocar en una perspectiva de medio siglo.

Una vieja carta geográfica de España, desteñida y descascarillada, sujeta con chinches en una pared del escritorio de mi padre, en el fondo «Pichidegua», es el primer recuerdo de la España de mis antepasados.

Ya en lucha abierta con mi padre (el conflicto psicológico es frecuente entre padres españoles e hijos nacidos en Chile), miraba el destruído mapa y observaba, con manifiesta insidia, dirigiéndome a mi hermano Julio y sin tomar en consideración la presencia de mi padre:

—Aquí debía estar un mapa de Chile y no esas espaldas sin pies ni cabeza que es España.

Mi padre me miraba algo sorprendido y respondía suavemente:

—Tal vez sin pies ni cabeza, pero no hay que olvidar que en el tronco del hombre es donde puso Dios el corazón. Y luego me empujaba hacia afuera sin acritud:—Ve a jugar. Yo debo trabajar aún.

Muchas veces lo vi mirar el mapa largo rato y luego reír, con un gesto más bien plácido que irritado.

Y la respuesta paterna (en el tronco del hombre está el corazón) me conmueve hoy, por su exactitud en la comprensión del carácter español.

No pienso, ahora, en los altos hechos de la raza ni en sus figuras señeras, pienso con emoción en los míos, vuelvo a repetirlo, en los españoles que he conocido en mi vida de Chile.

Era inevitable lo español, desde luego, por mi sangre.

Desciendo de vascos de Plencia, de marinos y de ferrones, de ferronos que se echaron al mar o de marinos que, aburridos de saborear la sal del océano, volvieron a sus primitivas herrerías aldeanas o a mirar el mar desde la ría de Plencia.

Mi niñez transcurrió en el Maule, en casa de mis abuelos maternos. Eran franceses de Burdeos que modernizaron los astilleros ribereños, abandonados por los jesuitas. El arte naval de Burdeos, el de la boca del Gironda, con sus recios faluchos y sus esbeltos ve-

leros de alta mar, substituyó a las oscas lanchas maullinas y a sus grises velas cuadradas.

Mi recuerdo revolotea sin detenerse en mi colérico abuelo francés. Descansa, más bien, en la alta figura de mi abuelo vasco y en el afectuoso sonreír de mi padre.

Mi abuelo vasco, don Aniceto de la Torre y Sandeliz, capitán de la «María Josefa», el barco que yo le conocí, fondeado en el muelle de la Isla, era un hombronazo callado y lento. Poco cordial su gesto. Su estatura alcanzaba casi a los dos metros y me parecía algo de maravilla verlo doblarse para atravesar el umbral de las pequeñas puertas de las casas porteñas, viejas casonas de adobes, mezcla del burdo estilo colonial y de externas influencias francesas y sajonas.

Pierniabierto, de acompasados ademanes, siempre vestido de negro, manos que parecían nudos de cables de veleros y en lo alto, los ojos suaves, distraídos, dos estrellas de un verde lejano de horizonte.

Así lo veo a mi abuelo en este instante.

Hace algunos años, al llegar a mi casa en las tardes de verano, mi madre, que me esperaba en la puerta, solía decirme:

—Abres las piernas al andar lo mismo que tu abuelo Latorre.

Mi padre no parecía el hijo de ese gigante silencioso. Era bajo y grueso. Voz varonil, de agradable timbre. Boca reidora, sensual. Ojos verdeclaros, acogedores. Palabra abundante y pintoresca.

Y cuando alguien le recordaba esto, él decía bromeando:

—Es que yo soy un Elordy y no un Latorre, refiriéndose al apellido tan vasco de su madre.

Se armonizaban los rasgos de su rostro en un atractivo equilibrio clásico. Pelo crespo, frente recta, perfilada nariz griega.

Mi hermano Julio y yo, cuando copiábamos en el liceo de Talca los bustos de yeso que servían de modelo en las clases de dibujo, nos mirábamos y sonreíamos, porque nos recordaba la cara de mi padre.

En el Maule, como otros vascos llegados allí, los Astorquiza, los Líbano, los Ibarra o los Larrázabal, se dedicó al comercio de frutos del país. Era el momento en que la Nueva Bilbao colonial se había convertido en un puerto mayor de la república.

Las grandes bodegas, sólidamente asentadas a la orilla del río, sobre molos de piedra y cemento, llenábanse de sacos de trigo y lentejas y olían a mosto de rulo las pipas, rayadas de rojos fermentos y de ácidos violetas y a madera aun no seca las rodelas de hualle, traídas de los cerros en crujidoras carretas chanchas.

A ese remanso del Maule, cercano al muelle, donde la corriente no se advertía, desviada por la isla hacia el mar, atracaban las lanchas planas.

Trigo moreno, lentejas que sonaban con un ruidecillo metálico, pipas y rodelas pasaban al vientre de las

lanchas, corriendo por un tablón o al hombro de los guanayes.

Mañana y tarde, esos ribereños de músculos de bronce, con un saco de harina a guisa de sombrero o capuchón, salían de los grandes portones abiertos de las bodegas, corrían con un trotecillo cómico por el tablón y arrojaban sacos y pipas a las lanchas, acondicionándolos en una matemática estibación.

Luego, asegurados los grandes remos en los toletes, las lanchas abandonaban el remanso y a golpe de pala se acercaban a las bodegas de los buques y vapores, fondeados en el centro del río o en las cercanías de la Poza.

Extraña ceremonia de los viejos dioses del río, misterioso culto terrígeno que la colonización tuvo que adaptar por no poder destruirlo, recordaban esos hombres, apenas vestidos con camisas de tocuyo, que apoyaban sus pies en los bancales, enderezábanse con lento compás y se echaban hacia atrás para hacer avanzar la pesada lancha, contra el viento del mar que hinchaba las camisas de los guanayes y tejía chorreantes rizos de espuma en la proa.

Esa maniobra de carga y descarga era parte del río, de los cerros, del paisaje mismo del Maule. Era algo tan típico, de líneas tan exóticas que sólo ahí, en la ría, encrespada de viento, con el mar presente, podía concebirse.

No recuerdo qué catástrofe del mercado terminó de golpe con el precio de las lentejas, ventajoso producto

de exportación entonces, a causa de los bajos salarios que se pagaban a los cerrucos o campesinos de los cerros.

Varios bodegueros y exportadores quebraron, entre ellos mi padre, que se había quedado en Chile al partir mi abuelo a Europa para no volver.

Y con un rasgo muy característico suyo, decidió salir del rincón nativo para siempre. El partió, primero, a Valparaíso y mi madre y nosotros, una tarde de febrero, atravesamos la barra del Maule en un pequeño vapor de la Cía. Sudamericana.

Ya en Valparaíso, un niño más en el gran puerto de Chile, entre miles de niños, el recuerdo de la ría y de sus veleros y de sus guanayes, se borró de mi memoria como un viejo daguerrotipo familiar, desteñido por el tiempo.

Ahora, la memoria, como si se despertase de un sueño, perfila un valle lluvioso y un pueblo de casas grises, de enormes tejados, que gotean incansables en las disparejas aceras de ladrillos.

Ni ruido de mareas, ni voz de viento sur, ni embarcaciones, argentadas de peces recién capturados, ni gaviotas gritadoras sobre las albas reventazones.

Es una vida nueva que comienza, antes de borrarse la antigua. Y también otros hombres, otro hablar y otros hábitos. Aun aparece el pasado: enredo de jarcias grises sobre cascos negros, humo de vapores, desmelenado por el viento, guanayes con sus camisas infladas como velas, pero el medio actual se impone, al

fin, por el vigor de su carácter, por la novedad de sus acontecimientos, por la alegría dionisiaca de sus costumbres. Y para mí, chileno de la costa, de un valor esencial: el primer contacto con el verdadero Chile, el del valle central y el de la cordillera de los Andes.

No he olvidado las calles de Loncovilo, negreantes de barro acuoso, donde las carretas carboneras se atascaban, barnizándose de lodo, y sólo podían salir del pantano mediante la ayuda de otra yunta de bueyes y de desgarrados gritos de campesinos.

Al paso de un caballo al galope, saltaban las peñas de barro e iban a pegarse en las paredes encaladas de las casas, como escupitajos del invierno.

Al llegar la primavera, el nuevo sol las convertía en polvo que el viento se llevaba en fugaces remolinos.

En Loncovilo instaló mi padre una tienda de trapos. Un largo mostrador, ligeramente hundido en el centro, separaba al público de las bien cuidadas estanterías, donde se mezclaban los gayos colores de las percalas con los albos lienzos y los tocuyos grises.

En las viejas puertas colgaban chaquetillas de casineta, ponchos de Castilla y a veces riendas, estribos de labradas maderas y espuelas de rodajas relucientes, tan claras como vilanos de cardo.

En las tardes de verano iba a la tienda de mi padre y me entretenía en observar la calle polvorienta, llena de huasos de a caballo y de mujeres, con rebozos de lana oscura, a pesar del calor.

En vano intentaba penetrar en ese mundo nuevo que

desfilaba ante mis ojos infantiles: el huaso que bajaba de las cordilleras o de los fundos regados que rodeaban a Loncovilo, o del otro mundo de los funcionarios públicos, de los médicos y abogados que pedían descuentos o prórrogas a las mercaderías, compradas a crédito.

Durante años, no entendí ese ambiente que iba a serme, sin embargo, familiar.

Tuve la impresión de que mis sentidos recogían imágenes, palabras nuevas y diálogos extraños, a veces cuadros de violento colorido o dibujos de líneas esqueleéticas, sin que el cerebro interviniese para clarificarlas hasta que, años más tarde, un milagro de la evocación hizo vivir sensaciones y el hombre y el medio ya no tuvieron secretos para mí.

Mi vida en Loncovilo tuvo, esencialmente, un ambiente vasco. Ya habían llegado al pueblo, antes que mi padre, algunos vizcaínos, la mayoría de Bilbao y Algorta.

Instalaron tiendas y almacenes en la calle del Comercio, la que iba directamente a la estación del ferrocarril o en las esquinas de la plaza, frente a esa calle.

Algunos se enriquecieron, dejando sus negocios para comprar tierras en los alrededores o en los fértiles cajones cordilleranos.

Hombres fuertes y sencillos, algo aislados de los criollos; sin embargo, varios se casaron con niñas de la aristocracia lugareña que tenían, por curiosa coinciden-

cia, apellidos vascos, de los llegados en el siglo XVIII: Urrutia, Landaeta, Arrau, Zañartu, etc.

A pesar de su rutina mercantil, relacionábanse estas tiendas íntimamente con los productos del valle y de la cordillera.

El sentido práctico, esta astucia zorruna de que habla Unamuno que poseen los vascos y que es superior a la de los mismos zorros, según él, los hizo unir los potreros verdeantes, los policromados vacunos, los caballos de carrera y sus vaqueros y jinetes, con la existencia de sus tiendas y quizá con los arreos que por desconocidos caminos cordilleranos burlaban la vigilancia de los funcionarios de la Aduana y enriquecían de novillos y vacas de la pampa los cajones de los fundos andinos. Y esto creaba una atmósfera de contrabando, de negocios concertados a media voz, de pingües ganancias, sin pagar impuestos, tan cara siempre a los vascos de todos los tiempos.

Nuestros primeros camaradas, en el pueblo y en las largas estadas en el campo, fueron los hijos de esos vascos, como nuestras primeras inquietudes sentimentales se despertaron con las hermanas de esos camaradas.

Muchos de ellos, chilenizados al fin, viven aún en Loncovilo. Abuelos y padres murieron allí. Algunos volvieron a España, y no escaso número emigró a las pampas argentinas, a través de los portezuelos de nuestra cordillera. Era un momento heroico. La pampa recibía, como una dádiva milagrosa, a todo hombre

que quisiera trabajar y, sobre todo, hacerse ciudadano argentino.

Medio siglo ha corrido ya. No volví a encontrarme con ninguno de mis camaradas más adelante. ¿Qué será de ellos? ¿Cuál habrá sido su destino?

Desde temprano, tras los mostradores de sus tiendas, o a caballo o en los carricoches de dos ruedas que se llamaban cabras, de vuelta o en camino a sus propiedades rurales, al mediodía o al atardecer de un día cualquiera, me daban la sensación de algo inmanente, indestructible. Y, sin embargo, no fué así.

En el fondo de cada vasco emigrado no se borraba el recuerdo del caserío ni de las violentas mareas del golfo.

A mi propio padre, casado con una francesa del Maule, le oí decir muchas veces que en cualquier momento favorable volvería a Plencia a casa de mis abuelos. Y el paisaje azul y verde de la ría de Plencia, con sus percebes, olientes a mar y con sus ostras, que se encogían en sus conchuelas como una minúscula marea, nos daba la impresión de que vivíamos de paso en Loncovilo, pueblo gris y primitivo, aplastado por la lluvia o envuelto en polvo rojizo, como un viejo poncho gastado por el tiempo.

Este aislamiento se acentuó, cuando mi padre decidió liquidar su tienda y compró el fundo «Pichidegua».

Los domingos, sobre todo en los veranos, solían venir los hijos de Uría o de Batsabe a Pichidegua y a menudo íbamos nosotros a Digua o Huenutil.

¿Cómo no recordar, ahora, el bacalao a la vizcaína que, con sus manos regordetas, condimentaba doña Luisa Oyarte de Batsabe?

Picante aroma del bacalao de Noruega, evocador de veleros y de redes blanqueadas de sal y del alma roja de los pimientos, cuidadosamente cultivados por don Victoriano en su huerta de Digua.

Y en la larga mesa del fondo, al mediodía, abiertas las ventanas por donde entraba el aire dorado del verano, junto a la papada roja de la dueña de casa, sonreía Mirentxu, su hija mayor, sonrisa ingenua y audaz al mismo tiempo. Siempre me atrajo su sonrisa misteriosa, provocadora y esquiva, como me aterrorizó la voz ronca de Edurne, la hija única de Uría, pero nosotros queríamos más a Aintza, la hermana menor de Mirentxu, porque como un muchacho con polleras, a pesar de sus redondos pechos y sus macizas pantorri-llas, rayadas de rasguños, curiosa mezcla de niño en un cuerpo de mujer, nos obedecía jadeante y nos ayudaba en nuestras correrías por esteros y cerros, en busca de peces y de pájaros.

Ya en el campo, veníamos a menudo al pueblo.

Grato era el camino, con sus muros de álamos en el verano. Se enloquecían las pequeñas hojas con el fuerte viento del sur. Se rozaban entre sí, como minúsculos platillos de raso y un suave murmurar colaboraba con la risa de las acequias o con la voz grave de los esteros, donde nuestras cabalgaduras hundían sus hocicos voluptuosamente.

Don Chano Huila era siempre nuestro acompañante.

Entre el Digua y el Pichidegua, dos cerros hermanos que protegían en un abrazo azul el fundo de mi padre, vivieron los antepasados de don Feliciano Bueno, don Chano Huila y allí nació él, y jugó de niño bajo los árboles y se hizo hombre. Y también allí envejeció.

Casi ochenta años tenía cuando yo lo conocí. No se había casado. No trabajaba, sino cuando la necesidad lo apremiaba. Era un pozo de ciencia teórica sobre el campo. Daba consejos para amansar mulas, caballos y novillos, pero él nunca se molestó en domarlos. Trenzaba lazos y labraba estribos. Y, sobre todo, hacía versos.

Don Chano improvisaba coplas o romances de todos los sucesos de aquel rincón precordillerano.

Un pájaro y un hombre, un cuento y un hecho real eran, para él, iguales. Motivos para reír y llorar y hacer versos.

Nunca se le conoció un poncho nuevo y unos pantalones sin remiendos. Siempre estaba vestido de andrajos, de restos de ropas regaladas por el patrón, de huilas. De ahí su apodo: don Chano Huila.

El nos llevó a los más escondidos rincones del campo.

Como un genio del bosque descubría ocultos remansos, donde se bañaban los coipos y las taguas y donde, según él, se escondía el dueño del agua, el cuero vi-

vo, siempre al acecho del hombre y del animal desprevenido.

Los nidos de zorzales o diucas, por más ocultos que estuviesen en la cortina de las hojas, don Chano los descubría y su mano, oscura y nudosa como una rama, nos ofrecía la pequeña joya de un nido, con sus huevos azules o con los pajarillos de largos picos pedigüños.

Y nadie, como él, conocía los pájaros por su canto, cuando cruzaban el aire con aleteos ruidosos y con chillidos fugaces.

—Esas son chiriguas. ¡Son más zalagardientas!

—Cototrón, cototrón—imita a una tenca, alargando cómicamente los labios—. Esa es una tenca—dice—. L'está contando a una lloica lo que le pasó a una culebra que vive al pie de esa patagua.

—Chirrií, chirrií—vuelve a imitar, esta vez apretando los dientes—. Esa es una lloica que avisa que viene gente p'al fondo. Son las niñas de don Victoriano, patroncito, porque cuando la lloica canta visitas llegan.

Y sus ojos grises, que se iluminaban con súbitos chispazos, descubrían, tras los follajes, guirnaldas de copihues, goteando sangre silenciosa en los troncos medio podridos o sobre las duras varillas de los colihues.

Extraño era el contraste entre don Chano Huila, chismoso y hablador y el vasco Shanti Arrizaga que fué nuestro guía, al morir don Chano una noche de

otoño, a la orilla de una acequia. Allí lo volteó la borrachera de un velorio y allí, en el hielo del amanecer, se congeló el alma del versolari criollo, bajo las altas estrellas.

Se olvidaron sus repugnantes borracheras, sus andrajos malolientes para convertirse en la animita entumida y aun subsiste, al pie de un álamo de rojas raíces, el reparo de ahumadas latas, donde brillan noche y día los velones milagreros.

Largas piernas andariegas, ademanes lentos, pocas palabras: así era Shanti.

Nunca logró hablar en castellano. Lo mezclaba con su primitivo éuscaro o mejor, le agregaba a los sustantivos castellanos sufijos vascos.

La cocinera del fundo, una campesina gorda, de alegre gesto, le entregaba a Shanti todas las mañanas un cantarito de greda para que fuese a buscar agua a una vertiente próxima.

—Oiga, don, tome el cantarito y traiga agua.

—Bueno, bueno, cantarruchúa lleno—asentía, creando un refrán para su uso.

Y su apodo nació de aquí. Hasta su muerte se le llamó en Pichidegua Cantarrut, deformado por los huasos el diminutivo vasco.

Bebía también Shanti, como don Chano, pero nunca se le vió borracho. Su continente, su gesto, su invariable sonrisa, permanecían inalterables. Tal vez su embriaguez era interna, de nostalgias de su lejana tierra, de quizá qué aspiraciones mutiladas.

Del ruedo de su boina, casi siempre hundida hasta las orejas (allí se detenía, porque las orejas del vasco eran como argollones de carne morada), se adelantaba hacia el aire una nariz enorme, de un color ceniciento, siempre goteando, como el cabo Machichaco, según don Raimundo, un cura de Bilbao, amigo de mi padre, algo como un capellán de la iglesita del fundo y también nuestro maestro de primeras letras.

Este cura, de voz ronca, de ademanes rudos (nunca vi más abundancia de pelos en las ventanillas de una nariz humana) era, sin embargo, un hombre sano y bondadoso, siempre que no se tratase de la letra vasca del himno Guernica, Guernicaco Arbola, que nos hacía repetir de memoria, a fuerza de gritos, dolorosos pellizcones y sonoros palmetazos.

En cualquiera festividad vasca, la de la virgen de Begoña o la de San Miguel, cantábamos el himno con toda la energía de nuestra juventud.

Las palabras ásperas, a medio asimilar, sonaban en el aire de la altura como sílabas de cantos pehuenches.

Guernicaco Arbola
da bedein catubá,
euskaldunen artean
gustis maitatubá.

A menudo, y esto era para nosotros jubiloso espectáculo, el cura de las peludas fosas nasales, sacaba del sesgado bolsillo de su sotana, un enorme pañuelo de

bordes rojos, lo cogía con los dedos de la mano derecha y lo apretaba contra su nariz en una ruidosa expulsión de aire y de residuos de tabaco.

Todos los perros del fundo, que dormitaban bajo el corredor, ladraban asustados ante este ruido que no conocían.

Si don Chano Huila era un juglar del campo, borboteante de coplas la ancha boca sensual, Shanti Arrizaga manejaba cepillos y garlopas como un mago de la carpintería.

En la heroica etapa de la tabla y de la cola, sobre el viejo banco del taller del fundo, de sus dedos brujos salían tablas, cajones y molduras que se convertían en estantes, roperos o baúles.

Nos agradaba acercarnos a su rincón, oliente a savias de roble y de raulí. Allí estaba Shanti, sacando virutas de las tablas, como si nadase en un crespado mar de olas rosadas e inmóviles.

Ese enérgico gesto de nadador de Shanti Arrizaga al cepillar, era el que nos embrujaba. Y él se daba cuenta y nos miraba con sus pequeños ojos sin luz. Se abría la sonrisa amarilla bajo la filuda nariz. Y el cepillo, como una rata veloz, corría sobre la tabla, aun con su corteza oscura y nacía un largo culebrón, cuyos anillos eran crespas virutas que se detenían un segundo en el aire y se posaban suavemente en el suelo.

Entonces se erguía la alta figura de Shanti. Sus manos recogían los extremos del anillado culebrón y con

un gesto simple de prestidigitador de circo, tomaba los dos extremos y nos decía:

—Un metro y medio, fijarse, de una sola tabla.

Los días domingos, y a veces en las tardes de verano, salíamos a recorrer la selva cercana o las orillas del estero, el Cato, que corría en la parte más baja del valle.

Shanti marchaba adelante, su escopeta en la mano derecha. Era tan buen cazador como carpintero. Como la garlopa, la escopeta formaba parte de sí mismo. Casi una prolongación del brazo. Tenía no sé qué de tentáculo al elevarse sobre la cabeza o ponerse al nivel de su cadera, adelante o atrás, si su oído, siempre alerta, advertía un trino de pájaro o un revuelo de perdiz, el *tutú* de las tutas en los matorrales o el crujido de las hojas secas al paso de un zorro o de un perro.

El tiro salía, sin embargo, cuando menos se lo esperaba y sin apuntar casi, como si fuese un movimiento natural del brazo.

Don Raimundo decía, por esto, bromeando:

—A Shanti le salen las balas de los dedos.

Le interesaba a Shanti más dar en el blanco, que la calidad del blanco mismo. Y así como en su morral había perdices y liebres, también llegaban a él tiuques y cernícalos.

Mi padre y el cura lo reconvenían en vascuence, bromeando:

—Tordo, tiuque o cernícalo es bira el bear irurak, bay, ardea, alaitzca bastarrak pozlea gisona.

(Tordo, tiuque o zorzal no se matan, sirven, animan el campo y lo alegran).

Está unido este hombre sencillo y su paternal afecto a nuestra niñez campesina y a una porción de España, Vizcaya, para mí muy querida.

Lo recuerdo, ahora, angustiosamente. Es mi juventud que se perfila y revive con potente vigor. Angustia y añoranza, al mismo tiempo.

Presencié la agonía de Shanti Arrizaga en el viejo catre campesino, a miles de leguas de su aldea cántabra. Y veo el gigantesco ataúd, armado con las tablas del propio taller de Shanti, por un carpintero de campo, a quien Shanti enseñó a manejar serruchos y garlopas.

Tan tosco y mal ensamblado, a pesar de su negra funda, bordeada de listas blancas y de blancas cruces, que llegué a pensar mientras se le velaba, si el viejo vasco empujaría la cubierta para corregir los defectos con su escuadra y su metro.

En una carreta de campo fué trasladado al cementerio de Loncovilo. Coronas de nomeolvides y siemprevivas cubrían su ataúd. A caballo y a pie, lo acompañaban los huasos de Pichidegua.

Mi padre, don Victoriano, don Raimundo y otros vascos de la colonia, lo esperaban en la puerta del cementerio aldeano.

Han pasado cincuenta años. He vuelto a Loncovilo, pero no he visitado el cementerio. Ya serán un mon-

tón de cenizas sus duros huesos de éuscaro, dentro del cajón deshecho, como sus huesos.

Cantarrut, vasco anónimo, me explicó un aspecto del alma multiforme de España.

Shanti Arrizaga, aldeano y por lo mismo más genuinamente vasco, no tuvo como mi padre y los otros vizcaínos que yo conocí en Loncovilo y en Pichidegua, el afán de enriquecerse, de prosperar en la tierra a donde llegó, o de volver a España, pesado de oro, como un indiano.

Fué simplemente un hombre primitivo, desplazado de Europa por una sequía repentina o por el exceso de población. Auténtica alma de artesano, carpintero y cazador, apegado al amo y a la mínima tarea que le correspondió realizar en la vida. Mínima realización, sin duda, de una raza grande que no logró el predominio universal, pero que sobrevivió en muchos rincones de América, fundiéndose, finalmente, con la tierra de adopción.

EMOCION DE CASTILLA

Al morir mi abuelo en Plencia y algunos años después mi padre, en Loncovilo, mi destino me enraizó en América.

Muchas veces—ya conocía bien la historia de España—pensé que penetraba al alma española más como un nórdico que como un latino. Tal vez un germano o simplemente un éuscaro que abandonara sus riscos y

se adentraba en el llano de Castilla, consubstanciándose con ella.

El azar, más adelante, me hizo cruzar el Ebro, sin cruzarlo realmente, y acercarme al mar de oro de los campos góticos, de la tierra de campos.

De esta región fueron los antepasados de mi mujer. Llegaron a Chile a fines del siglo XIX.

Una plaga de filoxera destruyó las cepas de los centenarios majuelos de las orillas del Pisuerga y muchos viñateros de Dueñas, aprovechando el ofrecimiento de un agente de emigración del presidente Balmaceda, se trasladaron a Chile.

Como los vascos de Loncovilo, después de una experiencia malograda en la frontera, se instalaron en Loncomilla, al pie de la cordillera de la costa. Muere allí el valle central en huertas ubérrimas, a orillas del río Loncomilla. El caudal de tres ríos lo nutre, ciñe altos cerros sombríos, taja la cordillera de la costa y llega el Maule, el gran río del valle central como un aliado indígena y juntos van al mar, entre hoscos muros de selva, pastosos rincones y viñedos de esmeralda.

Tierra de trigos es Loncomilla, como los campos góticos de Castilla la Vieja y León y lógicamente de molinos, espolvoreados de blanca harina.

Lanchas planas, las mismas del Maule, llevaban los orejudos sacos con la marca negra del molino, por el Loncomilla, hacia el Maule y hacia la Nueva Bilbao colonial.

La mayoría de los valisoletanos que se radicaron en esa región eran campesinos, antiguos viñateros y artífices del viejo vino castellano.

Algunos instalaron tiendas en Talca, dejando momentáneamente las faenas rurales, pero mi suegro, don Isidoro Blanco, se obstinó en crear en una pedregosa colina de la cordillera de la costa, un viñedo de España.

Sin impacientarse, esperó el crecimiento de las cepas, limpiando los pedruscos del faldeo. Y luego, con el verano, maduraron los racimos negriazules, y un día de fines del mes de marzo, en los grandes lagares de roble, comenzó a gorjear el mosto del Pisuerga.

Mi suegro era un hombre alto y flaco. Redonda frente, aguileña nariz y una crespa barba de moro viejo y un viejo moro parecía que hubiese dejado el albornoz por un traje burdo de sastre aldeano.

De su boca de gruesos labios brotaban abundantes las palabras, opacadas por su voz sin timbre. Conceptos burlones, refranes olvidados que él rejuvenecía, aplicándolos a cosas actuales, justas observaciones sobre las cosas y los seres, y bajo sus cejas entrecanas, colaboraban los ojos grises con un chispeo malicioso.

Vocablos de viejo cuño castellano, proverbios de un realismo crudo, máximas que semejaban semillas de refranes, ingeniosas alegorías y graciosos cuentecillos de la época en que sirvió al rey en la Seo de Urgel. Todo esto se animaba y vivía en el fluir inagotable de su charla.

Al entibiarse el aire con los primeros soles de la primavera o en los cálidos días de verano, parientes y allegados, hermanos y sobrinos, yernos y nueras, nietos y nietas, invadían la cuadrada casona campesina, muros de adobe, enorme tejado rojizo, viña a la espalda y huerta al frente de los corredores andaluces.

Parientes y allegados saqueaban viña y huerta, sin que su gesto afable se alterase, pero a la hora del almuerzo aludía a unos destrozos de huerta y viña, contando una historieta y resumiéndola en un refrán de Valladolid:

—Ya se ve: parientes y trastos viejos, de lejos.

Cierta mañana de enero oí una conversación de mi suegro con unos arrieros. Cargaban sacos de carbón, que debían llegar a mediodía a Camarico.

—Don Chuma, la carga de esas mulas está descontrapesada—observó mi suegro.

Uno de los sacos, en efecto, medio se doblaba sobre el lomo y el otro colgaba casi bajo el vientre de la mula.

Con un gesto algo despectivo ante el gringo, on Chuma, viejo capataz de los cerros, respondió:

—¿Y qué importa, patrón? Hay que salir. En el camino se arreglan las cargas.

Pero el viejo capataz ignoraba que Castilla es tierra de arrieros y de mulas. Y oyó, entre asombrado y corrido, las palabras de mi suegro.

—No, on Chuma, las cargas hay que contrapesar-

las antes de salir para llegar a tiempo. En el camino, se camina, nada más.

Otra vez se hablaba de sobremesa de una chica campesina, buenamoza y coqueta, por la cual, en una trilla, se habían dado de trompadas dos inquilinos que la pretendían.

Uno de ellos regaló a la muchacha unas caravanas de plata, que lució en la fiesta; el otro, según decían, la visitaba durante la noche en la huerta de su casa.

Mi suegro escuchaba, un temblor malicioso en los gruesos labios.

Y comentó riéndose abiertamente esta vez:

—Moza de dar y tomar, lava la camisa al cura y la suya da a lavar.

Durante un invierno, en que su salud le impidió vivir en el campo, se asoció con un sobrino suyo que había liquidado su tienda de Talca para probar fortuna en el campo.

Alto, rubio, de ademanes atolondrados, el sobrino era más un godo que un descendiente de árabes, judíos o romanos. Muy aficionado a la caza, quién sabe por qué ancestral raíz, llevó al fundo su escopeta ante todo y un perro, un bulldog, comprado a un curtidor francés de Talca, como un perro cazador. Cazador, sí, pero de ciervos y zorros, no de pájaros que son los que abundan en los cerros de la costa.

Una de las condiciones del convenio fué llevar ove-

jas finas a los coironales de la falda, pero el socio era el encargado de cuidarlas y negociarlas.

Escopeta al hombro, el jadeoso perro a los talones, Genaro—así se llamaba el sobrino—recorría las pardas colinas todas las mañanas.

Un día de junio, Genaro, que aun permanecía en cama, recibió la visita de uno de los pastores encargado del piño.

—Corderos nuevos toos degollados, patrón—tartamudeaba el ovejero, una mancha gris en pie, tal un espino seco que se hubiera animado—. Una bestia los degolló, patrón. En el gargüero están las marcas.

Dando un salto rabioso, arrojó las frazadas y se puso de pie con sus calzoncillos de lana y un pequeño poncho oscuro doblado sobre los hombros. Daba pequeños saltos sin salirse de un cuero de zorro que había al pie de la cama y pronunciaba palabras incoherentes, ante el asombro del ovejero, todo él un temblor tostado y medroso.

—¿Y qué hace Mondaca? ¿No ha averiguado nada?

Se había sentado en la cama y metíase los calcetines de lana con grandes esfuerzos y jadeos.

—Náa sabe, patrón, él me ijo que lo noticiara. Tal vez un zorro o un perro cebado, pero nunca había pasado, patrón.

Ya estaba vestido. No se lavó. El poncho, primero; luego guantes y escopeta. Y el indispensable perro esperándolo bajo el corredor.

Camino casi escarchado. Cruje la tierra bajo las pisadas. A lo lejos, en otras lomas, hilachas de niebla se van deshaciendo lentamente. Espinos aislados retuercen sus dedos grises y en el declive de la falda una hilera de manchones blancos, con rayas rojas en el cuello: los corderitos sacrificados por la alimaña desconocida.

Genaro los miraba, ronco de juramentos el pecho. Los cogía en brazos con un gesto amoroso y los soltaba luego brutalmente, al cerciorarse de que estaban muertos.

La escopeta en la mano, miraba en todas direcciones. El perro seguía sus ojos con hipnótica atención, como si indicara con esto su deseo de colaborar en la búsqueda del culpable. Se fijó, de pronto, en el bulto oscuro de un pájaro, amodorrado entre las ramas de un espino. Avanzó algunos pasos, apuntó al árbol y disparó. Una lechuza rodó al suelo con un borbotón de sangre en la pechuga.

Todos se acercaron al espino a presenciar su agonía. Y el bulldog la olfateaba, dilatando sus anchas narices sonoras.

Mondaca se acercó a Genaro y le explicó, con su calmado acento campesino.

—No, on Genaro, nu'es ná la lechuza. No tiene fuerza para degollar un cordero y contimás que no lo pican en el gargüero, si es que lo pican.

Y le mostró, poco después, las heridas de los corderos nuevos al patrón:

—Patentes están los dientes de una bestia grande, como perro o zorro, su mercé, pero los perros de Camarico son todos ovejeros. Nunca han mordido rebaños.

Por fin Genaro se tranquilizó. En sus ojos claros, sensitivos, había un brillo de lágrimas que no lograban salir. De sus labios brotaban palabras inconexas, a veces rudas, a ratos resignadas.

Algunos días después, llevó Genaro un piño de ovejas a la estación.

Al atravesar el río Claro, en un natural descanso del rebaño, se encontró Genaro, de manos a boca, con un vecino, don Juan Retamales, huaso gordinflón, dicharachero, que volvía a su fundo.

Sacudían las ovejas sus lanas mojadas y dormitaban aprovechando un tibio aletazo del sol de invierno.

Durante largo rato conversaron Genaro y el huaso sobre la misteriosa bestia que degolló los corderos recién nacidos.

—Algo raro es, on Genaro—replicó sensatamente el huaso—. Nunca ha pasado eso por estos cerros.

Mientras decía estas palabras, observaba al piño de ovejas que, de repente, comenzaron a moverse como si algún peligro las amenazara.

Don Juan Retamales se alzaba sobre los estribos para observar. Una sonrisa maliciosa partía la cara redonda, rayada de rojos arabescos venosos, al observar al bulldog de su vecino que se metía voluptuosamente entre las lanas húmedas del rebaño.

Se acomodó en su apellonada silla, le tendió la mano amistosamente y le dijo:

—Oiga, vecino, échele una aguaitá al ñato ése, porque pa mí que le gusta la carne de Castilla.

Según contaba mi suegro, Genaro se rió con ganas de la tontería del huaso.

—Puras fantasías, qué sabe él de perros. De quiltros entenderá, pero no de ovejeros. Don José Joannon me dijo que era fino.

Y así le repuso al vecino, pero éste, amistosamente, le aconsejó:

—A lo mejor trompiezo, don Genaro, pero aguáitelo por si acaso.

Y el huaso Retamales tenía razón. Algunos días más tarde el bulldog o el Ñato, como lo había bautizado el campesino, fué sorprendido en el instante de clavar los blancos puñales de sus dientes en el cuello de un cordero nuevo y sus fosas nasales abiertas, demostraban, según el pastor, el placer que le producía el rojo desangre del lechón.

Y al saberlo, el furor de Genaro fué de una cómica teatralidad. El bulldog del francés dejó de ser un perro. Su furia lo antropomorfizó. Fué un bandido que atentaba contra su fortuna. Se dirigió a él como si fuese un ser humano:

—Traidor, Judas, ya verás lo que te va a pasar.

Y el perro parecía entender el peligro que lo amenazaba. Genía, hecho un puñado de escalofríos, sin atreverse a avanzar o a retroceder. Y, finalmente, como

si se hubiera dado cuenta de lo que pensaba su nuevo amo, volvió grupas y echó a correr en dirección al campo.

Genaro, dando gritos de alarma, lo seguía de cerca.

—¡Atájalo, Evaristo, que no se escape! ¡Cochecho, échale el lazo!

Cochecho corría tras el perro con el lazo preparado. Aprovechó un descanso del bulldog y lo lanzó. Súbito relámpago de color pardo cruzó el aire un instante y engarzó la cabeza del bulldog, que se detuvo dando un salto grotesco.

Todos se acercaron al perro. También Genaro. El amigo de todos los días era ahora su enemigo.

—Lo colgaremos como un traidor—gritaba.

Acobardado, gimoteaba el perro.

Uno de los pastores propuso humildemente:

—Démelo a mí, patrón, yo le quito la maña en la cordillera.

Pero el español, indignado, le gritaba:

—No, no, no. Debe pagar su culpa. De ese espino lo colgaremos.

De mala gana arrastraba Cochecho al perro. El mismo Genaro fué el que pasó el lazo sobre el gancho del espino y lo recogió a grandes brazadas. Resistía el perro, apretando cada vez más el nudo en torno a su cuello hasta que se balanceó en el aire, tíasas las cortas patas, inyectados de sangre los redondos ojos y la lengua flácida hecha un trapo.

Con Virginia, la primera de las hijas de don Isi-

doro Blanco que nació en Chile, contraje matrimonio a principios de 1914. Fueron mis padrinos de boda en San Javier de Loncomilla, el poeta Carlos R. Mondaca e Isabela Kirkman, su señora, una de las mujeres más bellas del Santiago de aquellos tiempos. La bella Isa, como la llamaba su pariente Rafael Maluenda.

Y por esta unión, mis hijos Mariano y Mirella, volvieron a recibir en su sangre, sangre ibérica.

Así conocí otra España, la de los mozárabes, que en sus rasgos físicos y en muchos psicológicos, conservaba aspectos y características visigodas, árabes o judías.

Observé entre mis parientes políticos, con diversos apellidos, redondeados cráneos de Roma, rojizo pigmento godo, aguileñas narices árabes como la de mi suegro, y ojos orientales, rasgados y tibios que han vuelto a reproducirse en mi nieta Yinia Pacull.

Y años más adelante, cuando me sentí de América y especialmente de Chile, al vivir su paisaje agreste y convivir con el hombre, reconcentrado e indiferente, mi experiencia no era externa, sino de raíces profundas, porque podía distinguir, sin esfuerzo, en el enigma del mestizaje (violencia de la conquista, sensualidad de la encomienda) lo que de España, la del norte, la del centro y la del sur había en nuestra raza en formación. Y esto me autorizaba—por lo menos así lo pensé entonces—para hablar sobre España y sobre los españoles, con un criterio o punto de vista de español de América.

MI CONCEPTO DE ESPAÑA

Castilla intentó durante siglos crear un alma colectiva, unificar política y psicológicamente a la península. No creo que lo haya conseguido hasta hoy. La fuerza fué, a veces, una solución momentánea.

Julio César, al referirse a España y a sus continuas reyertas regionales, solía decir despectivamente:

—He ahí un pueblo que no sirve para la guerra y no puede vivir en paz.

En el siglo XVI dió a Europa la apariencia de una unificación. Moros en el interior e indios en América ayudaron con su resistencia a formar una civilización de tipo ibérico, heroísmo religioso o religiosidad combativa, que prolongó, al mismo tiempo, la etapa heroica. La sobrevivencia del héroe en un medio burgués era, simplemente, don Alonso Quijano el Bueno.

Otros países europeos, Italia y Francia, por ejemplo, lograron esa unificación en forma definitiva. España aun lucha por ella.

El siciliano y el milanés, el hombre de Marsella y el normando, a pesar de sus diferenciaciones regionales, sin abandonar su tradición y hasta conservando la modalidad de su dialecto popular, siéntense parte de un todo nacional europeo, el italiano o el francés.

Castilla lucha aún, a pesar de la defección del Portugal y de los intentos fallidos de Viscaya y Cataluña, por mantener esta unidad desde el punto de vista político, porque espiritualmente la unidad existe.

Pienso en la religiosidad del español, no sólo del que está en contacto con la misa y el confesionario, es decir, con el clero, sino en algo más profundo, más universal y al mismo tiempo más práctico, ya que se advierte en el intelectual como en el comerciante, en el aristócrata como en el artesano.

Es la pasión, raíz del predominio, la agonía, germen de la discusión, de la sobrevivencia.

El eclecticismo de Francia, regulado por la razón, no es posible en España.

El español reacciona al absurdo, según Jean Cas-sou y los reveses no marchitan la raíz vital de la raza. Tal es el caso del conquistador o del místico o el del ateo, que pone en su irreligiosidad un matiz religioso.

El catalán, más europeo que el resto de España, el gallego y el portugués, en parte más germánicos, el andaluz, árabe y judío, han producido la desunión en la unidad, pero, al mismo tiempo, este choque de ideas contrarias y de fuerzas regionales que tienden a superarse, ha hecho del alma española algo de extraordinario carácter, donde se han fundido aspectos arcaicos y modernos, un medievalismo que se moderniza sin perder su raíz primera, único en el mundo mecanizado de estos días.

Aristócrata de vieja alcurnia, modesto funcionario de clase media o artesano humilde, conservan hasta hoy el sentido del honor, de la hidalguía y de la fe, modalidad religiosa del creer y no creer, Quijote y

Sancho, antítesis que es fuerza y es vida. Superación del individualismo que le hace nacer alas a las cosas vulgares, porque esta lucha o agonía es fuente de innovación, de vitalidad, de permanencia futura.